

ESCRITORES MILITARES

por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

«No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente y luego a su rey señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como ya tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no se qué los de las armas a los de las letras, con un si se ve esplendor que se halla en ellos que les aventaja a todos».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Ha dado en llamarse literatura profesional al conjunto de obras que constituyen el caudal literario de una profesión, y en este concepto la profesión militar tiene de hecho un puesto señalado.

Sin olvidar los preceptos por los que la literatura general se rige, la militar está subordinada a ciertas reglas, que mas especialmente la caracterizan. En cuanto al lenguaje ha de ser sobrio y claro; y por lo que respecta al estilo, debe unir a la facilidad, la robustez.

Gracias a la literatura, las ideas pueden manifestarse en una de sus dos principales vertientes, las que llamaríamos género *poético* y género *didáctico*.

Dentro del género didáctico, cuyo objeto es instruir, destacamos la *literatura militar* que a su vez abarca especialidades tan caracterizadas como los géneros, expositivo, narrativo y descriptivo.

En el primero se incluyen las ciencias y técnicas relacionadas con el Arte militar; en el segundo las de carácter histórico y en el tercero las de índole geográfica. También deben incluirse en la literatura militar, las arengas y escritos oficiales, que se caracterizan por un peculiar estilo llamado castrense.

Con el título de «Literatura Militar» deben designarse aquéllas obras, en que se exponen doctrinas o reglas para preparar o hacer la guerra con éxito. El estilo de estas obras debe ser sobrio, y subordinado siempre a la clara expresión de las ideas. Este requisito se hace especialmente indispensable, cuando se trate de obras de divulgación, en el cual conviene evitar en lo posible el uso de tecnicismos, cuyo sentido no haya sido definido previamente.

En un sentido amplio, pueden incluirse en el género de literatura castrense, todas las obras en que se relaten acontecimientos bélicos, o se estudien las instituciones, usos y costumbres militares.

Entre los requisitos esenciales, que un escritor de temas militares deberá poseer, señalaremos los dos principales a nuestro juicio: veracidad de los acontecimientos que relata, y que de tales acontecimientos, se desprendan enseñanzas interesantes para su profesión.

Para llevar a buen fin esta tarea, el escritor militar, deberá tener: *objetividad*, es decir, relatar la verdad de los hechos una vez descubiertos, aceptándolos aunque no le resulten agradables; *penetración*, para discernir entre los datos recogidos, cuales son verdaderamente importantes; *imaginación* para revivir los acontecimientos que esté estudiando, e incluso complementar la insuficiencia de datos, supliéndolos con una narración verosímil, y por último, la facultad de expresarse con *claridad y concisión*.

Si una obra, reúne todas las condiciones expuestas, pero su estudio no resulta de interés para el ejercicio de la carrera de las armas, podrá la obra denominarse de literatura *histórica*, pero no de literatura *militar*.

El motivo del trabajo que hemos realizado, es el de recordar a algunos de los escritores militares que consideramos más representativos, dando el título de algunas de sus obras más importantes, y señalando según nuestro parecer el estilo o género que habían desarrollado.

Comenzaremos por los historiadores de la antigüedad, cuyos géneros, eran generalmente narrativos, empleando como argumentos principales, la exaltación y el sentimiento heroico: Tucídides, que estuvo en la guerra del Peloponeso, muestra en sus obras un estilo sobrio de

buen narrador militar; Herodoto, llamado el *padre de la historia*, que relata los acontecimientos habidos desde los tiempos más lejanos hasta el año cuatrocientos antes de Jesucristo, y Tito Livio, que escribió 142 libros sobre la Historia de Roma. Pero ninguno de los tres, puede señalarse como modelos de lo que debemos entender como literatura militar.

Más bien destacaríamos como narradores del género militar, a Jenofontes, Polibio, César y Salustio.

Jenofontes, refleja en sus obras, una buena inteligencia y cualidades narrativas, para contar lo que ve con filosofía patriótica como por ejemplo, en su libro la «Retirada de los diez mil y del Anabasis». Polibio, en cambio es un escritor de temas de guerra, que relata los hechos con perfecta imparcialidad y crítica sensata, como pone de manifiesto en, su «Historia General y Milicia Romana». Narrador de bello lenguaje y elegante exposición, es el historiador romano Salustio, que en sus obras, «Guerra yugurtina» y la «Conspiración de Catilina» proporcionan un lujoso estilo. Pero sin duda de los cuatro historiadores nombrados, nos atrevamos a señalar como el de más experiencia y valor literario militar, a Julio César, en sus «Comentarios de la Guerra de las Galias» y los «Comentarios de la Guerra Civil», que son sin duda, las mejores narraciones que nos ha transmitido la antigüedad.

César, que no es solamente un buen guerrero sino uno de los aristócratas más cultos de Roma, demuestra sus grandes conocimientos literarios, en su obra sobre la guerra de las Galias, que realiza con un estilo sobrio y vigoroso, con descripciones exactas de lo ocurrido y sin demostrar interés personal.

No hemos olvidado al griego Eneas, apellidado el *Táctico*, ni a Onosander, que, han servido de modelo a escritores griegos y latinos. El primero escribió, «Polioretica», donde cita las máquinas de guerra usadas en tiempo de Aristóteles, como la catapulta, el ariete, la tortuga y otras. Onosander, escribió «Stratigicos Logos». También son dignas de recordar las obras de Polieno, llamado el *macedonio*, destacando «Las Estratagemas» en la que relata los ardides guerreros empleados por los más famosos capitanes de la antigüedad, junto a curiosas anécdotas.

En el siglo III, el escritor Modesto, escribió un libro titulado, *Vocablos de la cosa militar*, que como su nombre indica, era un vocabulario para dar idea de la organización militar romana de la época. Los escritores militares romanos pertenecientes a la mitad del siglo IV,

acaban con Vegecio que consiguió la celebridad, gracias a su obra, las *Instituciones Militares*, que puede considerarse como un curso de arte militar, en donde desarrolla las máximas generales, sobre la recluta de soldados, organización de las Legiones, maniobras sobre el campo de batalla y ataque y defensa de las plazas fuertes, recordando, como los romanos habían abierto la senda de su poderío. Esta idea la completa el historiador Flavio Josefo, cuando dice: *Para los romanos, la guerra era una meditación; la paz, un ejercicio.*

Cuando las razas bárbaras, invadieron el imperio romano, dejaron patente, que un pueblo que pierde sus virtudes y le falta el valor a sus soldados, está llamado a desaparecer, como ocurrió con los Césares. En cambio, admirando la cultura y cualidades de los españoles, los Godos aceptaron nuestra religión y dotados de generoso y noble carácter, les permitió crear durante su estancia en la Península Ibérica, una nueva cultura, que fue producto de dos razas diferentes, pero repletas de espíritu.

Contribuyó principalmente a ello, la compenetración que desde el comienzo se estableció entre la iglesia española y la monarquía visigoda, y en especial, gracias a los obispos Fulgencio, Braulio y los dos hermanos Leandro e Isidoro, que brillaron con luz propia y de manera singular, Isidoro de Sevilla, al que apellidaron *doctor de las Españas*, que logró interesar a sus coetáneos en los conocimientos filosóficos y de arte militar, como dejó reflejados en su famosa obra *Etimologías*.

Nuevos conquistadores entran en la Península Ibérica. Lo hacen por el mediodía y llegan de Africa. Mientras los españoles se someten a los vencedores y van asimilando su cultura, Don Pelayo, en la cueva de Auseba, prepara la Reconquista, cuyas heroicas hazañas quedan reflejadas en «El Cronicón», la «Leyenda» y el «Romance». Pero las primeras producciones que se conocen de la musa popular, son las que se refieren a Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe por antonomasia del siglo XI, popularizado con el sobrenombre de *Cid Campeador*. Los escritores donde se recogen sus hechos son, la *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo* y el *Poema de Cid*, fiel retrato de las costumbres de la época y de los sentimientos independientes de nuestro pueblo. A esta poesía, siguió la de *Fernán González*, donde se relatan las aventuras de un caudillo castellano contra el enemigo común. Su construcción es muy parecida al Poema del Cid, en cuanto a personalidad, aunque el *Poema*, ofrezca mayores detalles militares.

La circunstancia de que la prosa castellana comience a brillar a partir del siglo XIII, nos permite recordar las primeras manifestacio-

nes de la forma narrativa, en los *Anales Toledanos*, que describe la batalla de las Navas de Tolosa y en los *Anales de los Reyes de Asturias*.

Sería el arzobispo don Rodrigo Ximenez de Rada, compañero de Alfonso VIII en la batalla de las Navas de Tolosa, quien al escribir en los descansos que le permitían la guerra, las páginas de su *Historia Gótica*, abrió la senda para la gran empresa literaria, que logró desarrollar Alfonso X el Sabio, en el *Fuero Juzgo* y *Las Siete Partidas*, que son sin duda las obras más importantes del siglo XIII. Siglo, del que es difícil alejarse sin recordar, las *Crónicas*, del rey Jaime I, y de Pedro IV. El Rey conquistador, refiere detalles de su agitada mocedad, su lucha con la nobleza, sus triunfos sobre la morisma, la expedición a Mallorca y la toma de Valencia. Después de leer esta crónica, es preciso acudir a la de Ramón de Muntaner, para acabar de conocer el curso de los acontecimientos históricos de esta época, puesto que fue testigo y actor de la famosa expedición de catalanes y aragoneses a Oriente. Muntaner, además de intrépido guerrero, se muestra como un ameno narrador, espontáneo y sencillo. Castelar dijo de él:

«Ninguna de las lenguas modernas que yo sepa, puede ufanarse con historiador tal, como Ramón Muntaner, a principios del siglo décimo cuarto».

En su «Crónica», Muntaner aporta numerosos datos para formar un importante inventario de armas, trajes y pertrechos, de los utilizados a finales del siglo XIII y principios del siguiente.

Coetáneo suyo fué Fray Pedro Marsillo, que escribió en latín una Crónica sobre el reinado de Jaime I, que sería más tarde traducida al catalán y castellano.

Las semillas de cultura que dejó sembrada la labor de Alfonso X, dieron sus frutos, entre otros, en la figura de don Juan Manuel, que supieron recoger la herencia del Rey Sabio. Pertenece a esta época, la obra «Gran Conquista de Ultramar» atribuida a Alfonso X, y a su hijo Sancho. En dicha producción, se entremezclan las tradiciones romancescas e históricas, con las descripciones militares, permitiendo a través de ella, conocer la organización de aquéllos ejércitos y la manera de hacer la guerra. Pero detengámonos brevemente en el hijo del Infante don Manuel, el excelente escritor y hábil guerrero, don Juan Manuel, que escribió numerosas obras, que tituló *Libros*, como por ejemplo, el «Libro de los sabios»; «Libro del Infante»; «Libro del Caballero» y «Libro de los Ingenios», dedicado al estudio de la artillería durante el siglo XIV. Don Juan Manuel desarro-

lló el relato de sus *Libros*, a base de preguntas y respuestas, que abarcaban los diferentes estados de la vida humana.

En efecto, al escribir en el «Libro de los Sabios», los males que lleva consigo la guerra, comenta: «Cuando por ningún medio pueda evitarse la guerra, los Príncipes deben apercibirse para hacerla en las mejores condiciones, para obtener la victoria, o bien, rehuir el combate, manteniendo al enemigo en jaque y obligándole a levantar los sitios y diseminar sus tropas».

Otros autores, siguiendo esta modalidad, escribieron también *Libros*, que fueron llamados de Caballería, que contribuyeron a mantener los conocimientos sobre temas históricos y el espíritu guerrero, como sucedió con el «Poema en coplas redondillas de Alfonso XI», escrito por Ruy Yáñez en 1345.

* * *

La influencia de la poesía y las relaciones culturales con Italia, favorecieron la difusión de la lengua castellana, permitiendo perfeccionarse y adquirir mayor elegancia. Fiel reflejo de este perfeccionamiento fueron, los reinados de Juan II de Castilla, Alfonso V de Aragón y Juan II de Navarra, que generalizó el movimiento literario y permitió que, la llegada del siglo XVI, resultara brillante para la cultura española.

Por lo sucinto de estos recuerdos literarios, limitados a los escritores militares más sobresalientes, no incluiremos a los escritores árabes, de los que ya se ocupa con especial lucimiento, Estébanez Calderón, en su obra «Historia de la Infantería».

Dada la influencia que el Renacimiento dejó sentir en toda Europa, los reyes Juan II de Castilla y Alfonso V de Aragón, estimularon las letras con su mecenazgo, e incluso con la propia colaboración del rey de Aragón. Pero cuando estas adquieren mayor variedad y relieve, al unirse las coronas de Castilla y Aragón, inicio floreciente de la prosperidad de las letras hispanas. Los hombres de talento que rodeaban el trono de Isabel y Fernando, y las estrechas relaciones con Italia, contribuyen eficazmente al movimiento literario nacional.

Entre los escritores que florecen en este reinado, figura el cronista cordobés Gonzalo de Ayora, que auna la doble circunstancia de militar y literato. Sus *Cartas* constituyen una muestra elocuente de los progresos que había hecho la lengua castellana.

Otro escritor militar, soldado en Italia con el Gran Capitán, que supo estudiar de cerca los más famosos acontecimientos de su época, fue Gonzalo Fernández de Oviedo. Su obra las *Batallas y Quinquagenas*, contienen una relación puntual de la vida y costumbre de los caballeros del siglo XV, en estilo de diálogo.

Fue una época en la que España, producía además de excelentes capitanes y soldados, escritores militares de sobresalientes plumas; por este concepto, si Ayora y Fernández de Oviedo, merecen destacado lugar, no es posible olvidar a Don Alonso de Quintanilla, Contador Mayor de los Reyes Católicos, autor de «Las Ordenanzas de la Hermandad», así como al capitán, Hernández Pérez, que en amplio memorial dirigido al Cardenal Cisneros, le expone todo un programa de instrucción militar y la táctica a emplear en diferentes situaciones guerreras.

Coetáneo de los anteriores es, Diego de Salazar, autor del *Tratado de Re Militari*, que es casi una traducción de la obra del célebre Nicolás Maquiavelo. Está escrita en forma dialogada, figurando entre los personajes que conversan, el Gran Capitán y el Duque de Nájera. El duque, pregunta sobre los distintos ramos que la profesión militar abarca, respondiéndole el Gran Capitán en un estilo sencillo y divertido, mostrándole ejemplos acaecidos en las guerras.

Si bien el reinado de Carlos I, está marcado por su preponderancia político-militar, en cuanto al lenguaje es cada día más rico, más depurado y con mayor variedad en el estilo. Se valora la prosa de Guevara. Florián y Zurita, y Sandoval y Mariana, enriquecen el género.

Luis Avila Zúñiga, que fue embajador en Roma, muy estimado por el Emperador Carlos al que acompañó en dos campañas contra los protestantes, fue quien realizó el primer modelo de lo que puede entenderse como historia militar. La tituló «Comentarios de la Guerra de Alemania, hecha por Carlos V», que mereció ser traducida al latín, flamenco y francés.

Otra obra muy interesante entre las que se conservan en la Biblioteca Nacional y Archivo Histórico Militar, es la realizada por Fray Prudencio Sandoval, titulada «*Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*», que recoge los más importantes sucesos políticos y militares de la época.

Cuando una nación alcanza alto poderío en política y milicia, es generalmente acompañado por un engrandecimiento de su cultura. Esto ocurrió a España en el siglo XVI, durante los reinados de Carlos I y Felipe II, que ha sido llamado con razón el siglo de Oro de nuestra literatura. Al tiempo que la preponderancia militar y política alcanzaba altas metas, el idioma castellano aparecía con toda su riqueza en las obras de nuestros escritores, en su mayoría militares o religiosos: Garcilaso, Ercilla, Cervantes, Lope de Vega, fray Luis de León, fray Luis de Granada y el jesuita Padre Mariana, entre otros. De este concierto entre armas y letras, resultó favorecida la milicia, ya que, aquellos capitanes, supieron suavizar la aspereza de la guerra con el deleite de las letras.

Estas circunstancias resultaron fecundas para esa rama de la literatura tan poco considerada hasta entonces. Cuando nuestros ejércitos alcanzaban triunfos señalados, no era fácil que la pluma permaneciera inactiva y dejara de relatar los portentosos hechos que realizaban las armas. Ejército y Plumas. Armas y Letras. Y como dijo Capmany: «Los señalados capitanes y célebres guerreros que supieron suavizar las asperezas de la milicia con el deleite de las Letras, casi todos han merecido un distinguido lugar entre los escritores de la nación».

Podríamos decir, que el espectáculo de la guerra y la familiaridad con los peligros, da valentía y solidez a los pensamientos y hacen brillar en general a los escritores militares. Pero hemos de tener en cuenta, que no todos al tratar temas de la milicia lo hicieron pensando en que, un día sus trabajos serían observados con la lupa de la crítica literaria. Ellos escribían, considerando que serían leídos exclusivamente por sus compañeros de armas, y lo hacían para aportar sus ideas y observaciones en lo profesional, sin detenerse en redactar con un estilo retórico. Por eso hoy, los libros de historia militar, suelen resultar algo monótonos, pero llenos de un caudal de noticias y pensamientos. Cuando la Milicia modifica su organización y modo de hacer la guerra, tuvo que crear reglamentos, que regularizara la complicada máquina del ejército. Ello permitió la publicación de trabajos consagrados a la disciplina, la moral, las fortificaciones y la artillería, en los que se compendian las obligaciones de los distintos empleos y la especial organización del ejército y su forma de actuar. Generalmente estos trabajos, tenían un estilo familiar, redactados en forma dialogada, dirigido al compañero que vive las mismas dificultades. Es, el caso de Luis Collado, considerado el primer escritor de la artillería, que en su «Plática Manual de la Artillería», aporta sus famosos diá-

logos llenos de originalidad y sencillez. Demos como ejemplo el comienzo del examen, que se realizaba en la época, a aquellos que aspiraban a ser artilleros.

Comienza, preguntando el general al teniente encargado de instruir a los artilleros:

—*General*: Fue el razonamiento de ayer tan largo, que nos impidió Sr. teniente, dar principio al examen de aquel artillero que con tanta insistencia pide plaza.

—*Teniente*: Antes, señor, por lo que oír decir a vuestra señoría, lo he hecho venir, aquí agora para que se comience a examinar.

—*General*: ¿Ha mandado vuesa merced venir los artilleros viejos que al examinar están diputados?

—*Teniente*: Sí señor, son venidos.

—*General*: Pues mandelos vuesa merced entrar acá dentro y eximirnos hemos de ese cuidado y de la importunidad de ese pobrecillo.

—*Teniente*: Aquí, señor, están todos.

—*Artilleros*: Besamos la mano de vuestra señoría.

—*Page*: ¡Señor!

—*General*: Dales asientos. ¿Y pues sois vos, hermano, aquel que pide plaza de artillero?

—*Artillero*: Yo soy, para servir a Su Majestad y a vuestra señoría.

—*General*: ¿Sois español?

—*Artillero*: Sí, señor.

—*General*: ¿De qué parte?

—*Artillero*: De Trujillo.

—*General*: ¿De dónde venis, agora, así maltratado?

—*Artillero*: Señor, vengo de Escocia.

—*General*: Largo camino ¿sois de los que se perdieron en la armada? ¿se refiere a la *Invencible*?

—*Artillero*: Sí señor, por mi desventura.

—*General*: ¿Teníais plaza en la artillería?

—*Artillero*: Sí, señor.

—*General*: ¿Sois práctico en este ejercicio?

—*Artillero*: Muchos años ha que tiro plaza, y en diversas ocasiones me he hallado a servirla.

—*General*: Mirad bien lo que decís, hermano, porque yo os prometo que habéis llegado a parte a pedirla donde os harán bien sudar el capote.

Siguió interrogando el general, y contestando el artillero, del buen empleo del arma y otros detalles pertinentes a la práctica de la artillería. Terminado el diálogo, cuando el general da al examinado libertad para que ponga fin a sus razonamientos, Luis Collado, pone en boca del artillero el siguiente párrafo:

«En las empresas donde se hallare la Artillería, debe primeramente el artillero procurar de ser muy devoto y buen cristiano y después de esto bien quisto de sus compañeros, pacífico y afable con todos, no molesto, no injuriador ni revoltoso, si desea de vivir en paz y tener contento; porque en las facciones de la Artillería en muchos modos sus enemigos pueden tomar de él venganza, los cuales no conviene poner por escrito para no dar lección al hombre vengativo y maligno, de poder con ellos ofender a su prójimo».

Pero recordando nombres importantes de escritores, que no alcanzaron preponderancia y relieve, nos encontramos, al alicantino, Carlos Coloma, que luchó en Flandes y en Francia y era nombrado Maestre de Campo con 24 años, siendo designado embajador español en Inglaterra. Tras servir a su patria, España, con la espada y la diplomacia, quiso perpetuar sus hazañas militares, plasmándolas en un libro que tituló, «Guerra de los Estados Bajos», en el cual, aportando elevados pensamientos, es modelo de imparcialidad y justos criterios.

Igualmente interesantes, aunque de menor calidad literaria, es el trabajo realizado por Bernardino de Mendoza, titulado «Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos», donde estudia esta guerra y extrae argumentos provechosos para los que profesan la carrera de las armas, con detalles técnicos, que dan idea de los progresos militares de las tropas del Duque de Alba en estas campañas.

Era Mendoza, sobrino nieto del cardenal de su mismo apellido. Militar experto, y buen diplomático. El Duque de Alba, le encomendó la delicada misión, de negociar con el Papa Pío V, la forma de evitar la propaganda que desde Ginebra hacía Calvino. Tanta confianza inspiraba Mendoza al Duque, que le confió también la inspección del Sitio de Harlem, para que informara directamente al Rey de España.

Escritor metódico y constante, al quedar ciego, se recluyó en una celda del Monasterio de San Bernardo, donde consagró su tiempo a seguir escribiendo y a sistematizar los conocimientos adquiridos en la guerra.

Otro Mendoza, pero en esta ocasión descendiente del Marqués de Santillana, é hijo del conde de Tendilla, don Diego Hurtado de Men-

doza, fue sin duda el primer escritor militar que supo hermanar el arte de escribir con el de pensar. Estudió filosofía y humanidades, haciendo bueno el dicho de Cervantes, «nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza».

Estando combatiendo Mendoza en Italia, le nombró Carlos I, representante en Venecia, demostrando su excelente tacto y destreza para manejar los asuntos políticos. Gracias a su habilidad, quedaron al descubierto las relaciones que Francisco I, de Francia mantenía con el Gran Turco. Tanta confianza llegó a inspirar al Emperador, que le nombró su representante en el famoso Concilio de Trento, (18 de Octubre de 1542), donde demostró su tesón y elocuencia, defendiendo los derechos de su Rey. Desde entonces el pontífice Pablo III lo miró con malos ojos. No obstante, siguió desempeñando eficazmente tan difícil cargo, que compartió con el Capitán General de Siena. Las obras que escribió fueron *La Guerra de Granada*, *El Lazarillo de Tormes*, y *la Conquista de Túnez*.

Otro buen escritor fue, Luis del Marmol, soldado que estuvo veinte años en Africa, donde sufrió siete de cautividad, tiempo que le permitió conocer y escribir su *Descripción de Africa*. Años más tarde, Marmol, alcanzó el cargo de Comisario y ordenador del ejército, escribiendo *Historia de una rebelión*, en la que volvió a lucir su erudición y buena narrativa.

Las guerras de los Países Bajos, contadas por testigos presenciales, dieron lugar a un buen número de historias militares, como fueron los *Anales*, escritos por el capitán Alonso Vázquez, que cuenta la historia de la dominación española en aquellos países. La obra de Vázquez, escrita en 16 libros, tiene el interés de abarcar el período comprendido desde 1577 a 1595, que no había sido contado por ningún historiador.

Vázquez tuvo además, la idea, de colocar al final de su obra algunos datos biográficos de los principales personajes, que habían militado en Flandes. Gracias a ello ha sido posible conocer su propia filiación. Nació en Toledo. Fue alférez, capitán de picas, arcabucero y sargento Mayor de la Milicia de Jaén. Su obra *Los sucesos de Flandes y Francia*, se los dedicó al rey Felipe IV. Gracias a esta obra, pueden conocerse detalles y costumbres de la época a la que se refiere.

Obras importantes, son las tituladas: *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos desde 1594 hasta el de 1598*, escrita por Diego de Villalobos Benavides y los *Comentarios de la guerra de*

Frisia, por Francisco Verdugo. Son narraciones de soldados, escritas con graciosa desenvoltura y detalles. Villalobos, narra el sitio de Amiens, con tal lujo de pormenores, que retrata fielmente el proverbial valor de los españoles y refleja escenas de las campañas de Frisia, en Holanda. Aparte del interés del libro por las noticias históricas y detalles relativos a la parte técnica, la sencillez del relato apasiona en su lectura.

También en la literatura didáctica, se realizaron importantes obras relativas a la profesión militar, la disciplina y la moral. La mayor parte de ellas, consagradas a dar a conocer las obligaciones de las jerarquías, la organización del ejército, los servicios de guarnición y campaña, así como la descripción del armamento. Ejemplo de esta literatura es la obra del vizcaino Eguiluz, que tras veinticuatro años de soldado, ascendió a alférez y durante estos años, escribió la obra que tituló «Milicia, discurso y reglamento».

Otro de aquellos veteranos, que tenía el valor acreditado y era escritor fácil, se llamó Francisco de Valdes, que en su obra *Espejo de disciplina militar*, desarrolló numerosos conceptos relacionados con la táctica y la disciplina. No menos importante es el trabajo titulado *Doctrina Militar*, escrita por el soldado Bartolomé Scarión de Pavia, en donde se describen las obligaciones del soldado hasta el capitán general, su lectura es un estudio de la milicia española durante el siglo XVI.

Cuando los Mitrados, Arzobispos y Obispos, ejercían de Capitanes Generales, no era extraño, que un clérigo, diera lecciones de arte militar. Nos referimos a Bernardino de Escalante, educado desde niño entre las armas, era un entusiasta del arte de guerrear. En su juventud fue soldado sirviendo a las órdenes de su padre el Capitán, Garcia de Escalante. Se hizo sacerdote, siendo nombrado Comisario de Santo Oficio en Sevilla. Publicó una obra militar titulada, *Diálogos del Arte Militar*, rebosante de erudición y doctrina, donde se recogían ideas de los métodos bélicos de la época.

Entre los escritores de literatura didáctica militar han trascendido los nombres de: Collado, Alava y Lechuga. Luis Collado, en su *Plática Manual de Artillería*, estudia las cuestiones más esenciales de la Artillería, la fundición, calibres, cargas, cureñas, juegos de armas y pólvoras, fijando reglas, fundadas en la experiencia para la fabricación de minas y contraminas. Nació Collado en Lebrija, alcanzando el empleo de general de Artillería. La mayor parte de sus servicios militares los prestó en las campañas de Italia.

Diego de Alava, Capitán General de la Artillería y Consejo de Guerra, nació en Vitoria, entrando como paje, al servicio del Rey, Estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, latín y griego, retórica y filosofía. Su obra, impresa en Madrid en 1590, se titulaba *El perfecto Capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de Artillería*. Está dividida en seis libros que tratan de: las obligaciones del perfecto capitán, durante y después de la batalla; lo necesario a las fundiciones de artillería y municiones; elementos de geometría práctica y trigonometría; tratado de balística, y la impugnación de la doctrina de Tartaglia.

Otro tratadista militar, es Cristóbal Lechuga, nacido en Baeza en 1557. Sentó plaza de artillero en el ejército de Sancho Dávila, en Flandes. Se dedicó de lleno al estudio del arma en la que prestaba sus servicios, interesándose en el análisis de la obra de Collado.

Como tratadista, tiene publicada las obras *El Maestro de Campo del General*, y *El discurso de la Artillería*. La primera se ocupa de las obligaciones en dicho empleo; en la segunda, trata del moldeo y fundición de las piezas reglamentarias, con arreglo a las reformas de la artillería, en las que él tanto influyó durante el reinado de Felipe III.

Entre otros tratadistas militares y moralistas, dos nombres: Gerónimo de Urrea, autor de *Diálogo de la verdadera honra militar* y Marcos de Isaba que escribió *Cuerpo enfermo de la milicia española*. El primero quiso desarraigar la costumbre del duelo, tan frecuente en una época, de personal muy heterogéneo. Por su parte Marcos de Isaba, describía la corrupción que maleaba al ejército y los remedios para evitarla, relatando los abusos y mala fe de los contadores, la relajación en los mandos, y los diferentes vicios de los soldados, señalando como más difundido, el juego de los dados. Dentro de este cuadro sombrío, destacaba la gloriosa figura del soldado español, y del que dejando la espada se dedicaba a narrar las hazañas de sus camaradas. Para formar una idea del concepto que entonces se tenía de la profesión militar, basta leer lo que escribió al efecto el Conde de Santa Gadea: «No cumple con ella, ni puede llamarse soldado, el que no tuviere el mejor de todos los estados; porque ha de parecer en la obediencia, virtud y devoción, al religioso; en el valor, largueza y verdad, al caballero; en el amor y prudencia, al padre de familia; en la discreción y elocuencia, a los muy sabios; y en la diligencia, vigilancia y paciencia, al buen mariner».

E iguales conceptos resplandecen en los versos de Calderón de la Barca, cuando en una de sus inmortales comedias dice:

*Aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo como ha de ser
es ni pedir ni rehusar;
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la firmeza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son,
caudal de pobres soldados
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una,
religión de hombres honrados.*

Los grandes escritores y artistas de los que pudo vanagloriarse España en el siglo XVI, tuvieron dignos sucesores en el siglo XVII. A los Coloma, Mendoza y Hurtado, le sucedieron Melo, Moncada, Solís y otros.

Francisco Manuel de Melo, en su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, demuestra sus cualidades de pensador y extraordinarias aptitudes literarias. Lo más admirable en este escritor, es su serenidad y rectitud de juicio, ya que a pesar de haber sido vejado y encarcelado por el Ministro Olivares, trata los sucesos con auténtico realismo y serenidad. Melo es, de los autores de recto pensar, imparcial en sus relatos, y modelo en el buen decir.

Conocedor de los abusos de la Corte, la responsabiliza de la rebelión de Cataluña.

Otra obra digna representante del tesoro literario militar español, es la titulada, *Expedición de catalanes y aragoneses contra griegos y turcos*. Su autor, Francisco de Moncada, como buen militar, se esforzó en difundir las épicas hazañas almogávares. Moncada se revela como un buen historiador, que sabe escribir el carácter de sus personajes. También escribió la *Vida de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio*, publicada en Francfort, y una *Genealogía de la Casa de los Moncadas*.

Además de Melo, Moncada y Solís, deben figurar en este recordatorio, Francisco Ibarra, autor de la *Guerra del Palatinado*, quien du-

rante trece años combatió en los Países Bajos y más tarde, desempeñó comisiones diplomáticas a la órdenes del Archiduque Alberto y el marqués de Spinola. La particularidad de la obra de Ibarra es, su claridad. Lo mismo puede decirse de las *Memorias Históricas*, concernientes a los reinados de Felipe III y Felipe IV, escritas por Matías de Novoa, que aporta un caudal de noticias de las guerras de Flandes, y la titulada «*Sitio y presa de Ostende y plaza de Frisia*», escrita por Lasso de la Vega. Todas ellas, aportan importantes datos al caudal de literatura militar.

Entre las importantes producciones de la literatura histórico-militar merecen un recuerdo, las realizadas por dos escritores italianos, que narran las hazañas del soldado español en Flandes. Nos referimos al padre jesuita, Famiano Estrada y al Cardenal Guido Gentivoglio, cuyas obras arrojan importantes noticias sobre las campañas del siglo XVI y primer tercio del XVII. Ambas, fueron traducidas al español.

Daremos fin a este recordatorio de escritores militares del siglo XVI, con Juan Gines de Sepúlveda en su «Diálogo sobre la conveniencia entre la disciplina militar y la religión cristiana», donde enumera como virtudes del soldado, la honradez, el valor, y la humildad. También recordaremos a Diego García de Palacios, que en 1583 publicó en Méjico «Diálogos Militares», donde aconsejaba, que el capitán fuese elegido por su afabilidad y rostro agradable, aclarando que el hombre de «buena cara» presume tener buen alma. Respecto a los soldados, aconsejaba fuesen: «audaces y fieles, callados y fuertes».

* * *

Durante el siglo XVII la literatura dedicada a la enseñanza militar fue muy abundante. Ello, permitió reunir numerosos detalles sobre la organización de las distintas armas, y los progresos que se iban consiguiendo en mejoras y adelantos del material de guerra. Esto fue debido, a los muchos escritores que descollaron en este menester, entre los que se encuentran: Gallo, Firrufino, Muñoz, Bayarte, Fernández de Medrano, Fernández de Gamboa, Rojas, Alvia de Castro, Heredia, Osorio, Buscayolo, Pérez de Cea, Vargas Machuca, Barra, Cano, Céspedes, Fernández de Eyaguirre, Chafrión, Lorente, Dávalos, Aytona, Menéndez Valdés, Rebolledo, Ayala, Enriquez de Villegas, Osorio de Cervantes, Sala y Abarca, el marqués de Leganés y los jesuitas artilleros e ingenieros, Padres Camasa, Zaragoza, Lafaille, Monzón y Tosca.

Trataremos sólo de algunos de estos autores, comenzando por Julio César Firrufino, que nació en Madrid a finales del siglo XVI. Entre sus obras figuran, *Fragmentos de Matemáticas*, *Geometría de Euclides*, *Építome de fundición* y el *Perfecto artillero*. Fue tal el impacto que produjo esta última obra, que no se autorizó su venta hasta pasados diez años, al objeto de mantener en secreto las enseñanzas que contenía. Sin embargo, para no perjudicar al autor, el Consejo de Castilla abordó costear a su cargo los gastos de impresión. Firrufino deseoso de hacer llegar sus teorías a los artilleros, publicó de su peculio, aquel mismo año, la *Plática manual y breve compendio de artillería*, eludiendo difundir los secretos relativos a las enseñanzas artilleras.

A este respecto, comentaría el ilustre artillero y académico de Buenas Letras de Sevilla, don Vicente Gutiérrez de los Ríos, que: «De la obra de Firrufino han disfrutado todos nuestros profesores y singularmente el Padre Tosca, y el primer profesor de matemáticas del Real Seminario de San Telmo de Sevilla, Sánchez Reciente, el cual comentaba, que todas sus enseñanzas las había sacado del *Perfecto Artillero*».

En la «*Plática Manual*», Firrufino, no sólo aporta importantes conocimientos matemáticos indispensables para el artillero, sino que de una forma amena y detallada, describe instrumentos de aplicación a la artillería y estudia los calibres y alcance de los cañones, como así mismo, la composición y empleo de la pólvora.

Otro escritor didáctico, es Diego Ufano y Velasco, nacido en Yepes (Toledo), que hizo la guerra en Flandes, y escribió un *Tratado de artillería militar* y un manuscrito titulado *Descripción de la Artillería de Carlos V*. Su primera obra, esta consagrada a la pólvora y contiene un diálogo, entre un inexperto general de artillería y un veterano capitán.

Aunque estas obras tienen escaso valor literario, son de enorme importancia didáctica, y contienen numerosos detalles técnicos. En el último tercio del siglo XVII, alcanzó merecida fama el militar español, Sebastián Fernández de Medrano, nacido en Mora (Toledo). Se especializó en el estudio de las matemáticas, llegando a ser señalado por loco entre sus compañeros, por sus numerosos conocimientos de las matemáticas, aplicadas a la fortificación y al uso de la artillería. Fue nombrado director de la Academia Militar de Bruselas, dada sus aptitudes para la enseñanza.

Entre sus obras se distinguen, *El práctico artillero*; *El perfecto bombardero*; *El ingenioso práctico* y *El arquitecto perfecto en el arte militar*.

Medrano, que perdió la vista, a causa del mucho estudio, sin duda sufriría cataratas, continuó desempeñando su cometido en la academia de Bruselas, con igual perseverancia y celo que cuando era vidente.

Cerraremos la serie de escritores didácticos, con tres afamados militares: el capitán, Antonio Gallo, que por espacio de treinta años manejó gloriosamente la espada y consagró su pluma al aprovechamiento de su profesión, escribiendo la obra titulada, *Destierro de ignorancias de todo género de soldados de infantería*, en la que daba a conocer las obligaciones de todos los empleos y la manera de realizar, el *arte de escuadrónar*, que es como en el siglo XVII, se titulaban los ejercicios tácticos o escuelas prácticas.

Poco divulgada a pesar de su interés, es la obra, *Política y mecánica militar para el Sargento Mayor*, debida a la pluma del maestre de Campo, Francisco Dávila Orejón, que relata la batalla de Rocroy, en la que intervino. Durante su mando de Capitán General en Cuba, donde estuvo siete años, escribió «Excelencia del arte militar y varones ilustres».

De su misma época, es el Capitán de Corazas, Diego Enriquez de Villegas, autor de unos *Elementos Militares*, en cuyo prólogo decía: «Como es mayor el número de los que ignoran, que el de los que saben, a los más menesterosos busco, ofreciendo en estos *Elementos militares* reglas deducidas de la experiencia, comprobadas con razones naturales, para que por sí solo, sin necesitar de maestro pueda mi soldado ser perfecto aritmético y geómetra; disponer que un ejército pueda pelear con otro igual; marchar, alojar, sitiar y conocer la artillería, los artificios y los instrumentos de navegación».

De los 14 tomos que tenía Villegas proyectado publicar, sólo pudo hacerlo con tres. De haberlo conseguido, hubieran constituido un trabajo casi único en su género, a nivel de las famosas *Reflexiones*, del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Las alteraciones de la guerra de Sucesión provocó una decadencia de escritores. La triste situación de España a la muerte de Carlos II transformó nuestra nación. Durante el reinado de Felipe V, no abundan las obras de mérito, aunque una de ellas llenó todo el siglo, nos referimos a las *Reflexiones Militares* del Marqués de Sta. Cruz de Marcenado.

Otros escritores que destacaron, fueron el Benedictino Padre Feijó, con su *Teatro Crítico*; Ferreras, que publicó su *Sinopsis histórica*; Belando, su *Crónica*; el Marqués de San Felipe, sus *Comentarios de la guerra civil*; Melchor de Macanás, sus *Memorias*; Mayans, sus *Cartas morales, militares, civiles y literarias*, y por último Alvaro de Navía Osorio con sus famosas «*Reflexiones militares*», que encierran la suma de conocimientos en los ramos más diversos de la milicia. Las *Reflexiones Militares*, constan de once tomos, divididos en veinte libros que abarcan todos los saberes necesarios del arte de la guerra. Aunque la obra incurre en galicismos, debido a la larga permanencia de su autor en el extranjero, las sabias máximas que narra, contribuyen a que sea una de esas obras, que con más provecho puede todavía consultar el militar.

Después de la obra de Santa Cruz de Marcenado, no se registra producción didáctica merecedora de colocarse a su nivel, aunque sea justo mencionar los nombres de algunos escritores, que redactaron ensayos, dedicados a la artillería, la marina y la fortificación, entre los que citaremos a Labairu, Ibáñez, Pintado, Infante, Cerdá, Jorge Juan, Tomás de Morla y Gutiérrez de los Ríos.

Fue Gutiérrez de los Ríos, un oficial de artillería, educado en las aulas universitarias sevillanas y en la escuela de artillería de Cádiz. Profesor en el Colegio de Segovia, donde alcanzó gran renombre con sus lecciones sobre táctica, demostró su formación literaria, haciéndola compatible con la práctica de las armas, escribiendo trabajos de tanto mérito, como la «*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*» y «*Memorias de la vida y escritos de don Esteban Manuel Villegas*».

Su otra obra sobre, *Autores e inventores de la artillería*, es un trabajo en que, hace resplandecer los ya olvidados merecimientos de inventores de la artillería, desde los Reyes Católicos hasta finales del siglo XVIII.

En cuanto al *Curso de táctica de Artillería*, que fue ampliado por Tomás de Morla, que la tituló *Tratado de Artillería*, fue una obra, que alcanzó celebridad europea, conocida por todo oficial de artillería español e incluso extranjero. Cuando la invasión francesa, Napoleón ordenó requisar todos los ejemplares de la indicada obra, para llevarlos a Francia.

Morla escribió también el «*Arte de fabricar pólvora*».

Sobre la ciencia marítima, táctica y disciplina de la navegación, escribieron durante el siglo XVIII, numerosos autores, que acreditaron sus conocimientos. Como por ejemplo, Juan José Navarro, que escri-

bió «*El capitán de Navío instruido*»; y «*Método para levantar el plano general de España, con observaciones del paso de Venus, por el disco solar*».

Sobre temas relacionados con la Astronomía y la Geografía, publicaron trabajos: Antonio de Ulloa; José de Vargas Ponce, José de Mazarredo; Dionisio Alcalá Galiano y Cosme Damián Churruga.

Los oficiales de la Secretaría del Estado, Vicente García de la Huerta y Joaquín Marín, escribieron, respectivamente en 1760 y 1776, el primero, «*Biblioteca militar española*», criticando a aquéllos, que sólo buscan escritores extranjeros, olvidando a los españoles. Y el segundo, escribió el «*Ensayo de una historia de la milicia española*».

* * *

Llegamos al siglo XIX. A comienzos del mismo, la literatura militar casi no existía en España, motivado sin duda, a consecuencia de las agitaciones políticas que se iniciaron con la nueva centuria. Es de suponer, que los ánimos no estuvieran muy dispuestos al estudio y la reflexión.

Sólo dos libros merecen nuestro interés, aunque sean específicamente técnicos; nos referimos, al publicado por el brigadier, Juan Sánchez Cisneros, titulado, «*Principios filosóficos sobre el ejército, sus leyes y preeminencias*», y el del oficial, Antonio Capmany, «*Cuestiones críticas sobre algunos puntos de la historia*».

Habrían de transcurrir tres décadas, para que se publicaran algunos trabajos de interés; ellos son, «*Elementos de Arte de la Guerra*», cuyo autor es, Evaristo San Miguel y el «*Memorial de la Artillería española*», de Ramón de Salas; libros de gran aceptación en la época, cuya fama, traspasaron fronteras, y en la actualidad aún merecen ser consultados.

La guerra civil, que estalló en 1833, dificultó aún más la escasa labor literaria de esta época. A pesar de ello, algunas obras son dignas de nuestro interés, como por ejemplo, el «*Bosquejo de un viaje histórico e instructivo de un español en Flandes*», escrita por Martín de los Heros, que aparte de las curiosas noticias que narra, lo hace con un estilo muy ameno.

Los trabajos realizados durante esta época por militares, se vieron favorecidos por la protección del general, don Antonio Ramón Zarco del Valle, quien desde el Ministerio de la Guerra y Jefatura del Cuerpo de Ingenieros, consagró sus alientos a la instrucción militar, consi-

guiendo a partir de 1838, llevar a cabo la publicación de una *Revista*, que vino a ser, como el reducto, donde se concentraron todos los escritores, que surgieron en el ejército, y que gracias a ella, pudieron darse a conocer, y algunos, alcanzar la fama. Entre otros, podemos recordar, a Serafín Estébanez Calderón, que llegó a ser auditor general del Ejército durante las guerras carlistas, y posteriormente representante del gobierno en Italia. Desarrolló sus actitudes literarias, distinguiéndose como escritor costumbrista, aunque sus obras principales sean, «Manual del oficial en Marruecos», é «Historia de la Infantería Española».

Otro escritor recordado, fue Serafín María de Soto, que popularizó la firma literaria, con el título de nobleza que ostentaba, Conde de Clonard. Su obra más importante, «*Historia orgánica de la Infantería y la Caballería*», publicada en 1850, retrata la fisonomía moral del ejército español en los distintos períodos de su historia.

Un crítico de la época, dijo del Conde de Clonard, que era, «no sólo un historiador digno de alta estima, sino una de las figuras literarias más simpática de los tiempos modernos».

Otro escritor ilustre, colaborador de la *Revista Militar*, fue, Crispin Jiménez de Sandoval, que con su monografía «*La Batalla de Aljubarrota*» y «*Guerras de Africa en la antigüedad*», dio testimonio de buen gusto literario y profundos conocimientos de la historia militar. Las publicaciones realizadas por este escritor, han sido recogidas en la *Bibliografía* de Almirante, que lo coloca entre los más prolíficos historiador militares.

Un oficial administrativo del Ministerio de la Guerra, llamado, Manuel Juan Diana, se distinguió en la década de los años cuarenta del pasado siglo, por su gran capacidad de investigación, que le llevó a formalizar el trabajo titulado *Capitanes ilustres y Revista de libros militares*, en donde señala, a aquellos militares que más habían descollado en los siglos XVI y XVII. Su destino en el Archivo de Simancas, le proporcionó la oportunidad de recopilar datos sobre temas militares y libros.

Cuando la *Revista Militar*, alcanzó mayor fama, fue en el decenio de 1837 al 47, cooperando al desarrollo cultural del Ejército, difundiendo las obras más notables, que se publicaban en España, y en el extranjero.

A los buenos oficios del General Zarco del Valle, en favor de la historia militar, se debe, la creación de una Comisión de Historia, a la que se le encomendó investigar en los archivos de Simancas, Corona

de Aragón y Archivo de Indias. Desgraciadamente, los muchos trabajos de investigación realizados, no fueron divulgados suficientemente, y las envidias y egoísmos, dieron al traste con la continuidad de dicha Comisión.

Al buen hacer de otros militares, se deben, importantes trabajos como los realizados por los coroneles, Aparici, Camino, León Canales, y la perseverancia de Antonio Vallecillo, autor de los *Comentarios históricos a las Ordenanzas Militares*. Pero no siempre el éxito acompañó a estos escritores. El capitán, Francisco Barado, afamado historiador y crítico de la época, refiriéndose a Vallecillo decía: «Pero en este país donde, la indiferencia pública distrae al talento de su natural derrotero; en este país, donde el mercantilismo disfruta sus víctimas a la superficialidad o a las ambiciones rastreras, no siempre el escritor puede rendir fervoroso culto a su vocación. Por esto vemos, a don Antonio Vallecillo, consagrado a la ingrata tarea de compilar las *Ordenanzas Militares*, que se vendían con rapidez, y dando de mano a los *Comentarios a las Ordenanzas Militares*, que, por no contar con el apoyo del público y oficial, dejaron de ver la luz, publicado que fue el segundo tomo».

Para contribuir a dar realce a los trabajos profesionales, lo más importante es, que fuesen publicados. En este aspecto, fue enormemente beneficiosa la *Revista Militar*, como hemos indicado, y en 1845, el «*Memorial de Artillería*»; el de *Ingenieros*, y la *Asamblea del Ejército*, que años después sería editada también por la Armada.

Durante el período en que se publicó la *Asamblea del Ejército*, se editaron otras revistas militares, como fueron el *Album del Ejército*, dirigido por Ferrer de Couto; *El Estado Mayor General del ejército español*, por Chamorro, el *Diccionario de las Batallas*, por Calonge; la *Guardia Civil*, por Quevedo y Sidro y los *Diccionarios Militares* de Hevia y Wartelet. Además, la literatura militar, se había enriquecido con obras tan dignas como, el *Proyecto de Táctica de las tres armas*, que en 1852, publicó el general, Manuel Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero, y las *Nociones del Arte militar*, publicadas por el comandante de infantería, Francisco Villamartín, en 1862.

Del general Gutiérrez de la Concha, se podría decir, que realizó trabajos sobre Táctica, que se adelantaron a los tiempos en que fueron escritos, dado el espíritu práctico que pregonaban sus ideas.

Otro escritor que profundizó en el estudio del arte militar, fue Villamartín. No sólo en el ideario de su doctrina, sino también en la

belleza de su forma. Tuvo poca fortuna al escribir en una época, en que los problemas militares interesaban poco. En otra época, su fama hubiera traspasado fronteras.

Tras Francisco Villamartín, que fue ayudante del general Novaliches, interesa destacar, al mariscal de campo, Antonio Sánchez Osorio, que con su obra *La profesión Militar*, dio lugar a numerosas polémicas, debido a los problemas político-sociales, que en la misma se desarrollaban. Dos escritores más, llenaron los vacíos ocasionados en tan difícil época, nos referimos, al coronel José Almirante y al general Arroquía, que fueron tratadistas profundos y observadores.

En la larga lista de estudiosos, e investigadores de la milicia, sobresale por su laboriosidad y bien hacer, el capitán de artillería, Luis Vidart. El ejército y las instituciones militares tuvieron siempre en él, un defensor entusiasta. Diputado por Sevilla y académico de la Real y Sevillana de Buenas Letras, testimonió con sus libros, el conocimiento de la organización militar, enalteciendo con sus biografías, a Villamartín, Vallecillo, Aparici, Sta. Cruz de Marcenado, Vicente Gutiérrez de los Ríos, Alava y otros escritores de la milicia.

No podemos dejar de destacar dos publicaciones, que reflejaron el movimiento intelectual del Ejército a finales de siglo. Fueron la «Revista de Ateneo Militar», desde 1872 y la «Ilustración Militar», a partir de 1880. Sus vidas fueron breves, no más de tres años, a pesar de tan corta existencia, tuvieron tanta brillantez y tan excelentes colaboradores, que aún se siguen consultando por los estudiosos de los temas militares.

Terminaremos recordando, a los que no menos famosos escritores, los generales, José Gómez de Arteche y Fernando Fernández de Córdova, que escribieron obras importantes. Entre las del primero, «*Guerra de la Independencia*»; «*Nieblas en la Historia patria*», y «*Un soldado español de XX siglos*»; Córdova, su interesante trabajo, «*Mis memorias íntimas*», libro lleno de datos del período de 1820 a 1868, tan curioso y ameno, que nos obliga a lamentar existan tan pocos de esta índole. Hemos dejado en último lugar al capitán Francisco Barado que tanto nos ha ayudado en nuestro modesto trabajo a través de la lectura de sus dos monumentales obras de trascendental importancia como «*Literatura militar española*», e «*Historia del Ejército español*». Una vez reseñados algunos de los escritores militares, que durante el siglo XIX dejaron huellas, justo es citar a los que sin ser militares dedicaron su pluma a tratar temas de la milicia.

Ocuparon lugar preferente, José María Queipo de Llano, conde de Toreno, en su «*Historia del levantamiento, guerra y revolución de*

España», una obra de línea clásica, que entremezcla la parte militar con la histórica-literaria; Cánovas del Castillo el gran político y excelente historiador, con su *Historia de la decadencia de España; Principio y fin de la supremacía de los españoles en Europa*, é, *Historia del reinado de Felipe IV*, entre otras.

Antonio Rodríguez Villa que engrosó nuestra historia militares, tales como, «*Comentarios de Villalobos y Benavides*», y la «*Biografía de don Carlos Coloma*».

Pero no sólo fueron cuatro escritores los únicos civiles, que han tratado temas de la milicia, también lo hicieron y con notable éxito, los señores, Marliani con su monografía, *Trafalgar*; Alarcón, con el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*; Pirala, con su *Historia de la guerra civil*; Borrego, con sus *Estudios de la Guerra Franco-Alemana*; Macanaz, Bofarull y José Canalejas.

En todos los tipos de literatura se nota en el siglo XX un resurgimiento extraordinario. La facilidad de comunicaciones, prensa, radio, televisión, revistas, etc., ha hecho que los autores sean cada vez más conocidos y se influyan recíprocamente.

No vamos a tratar de resaltar la importancia de la prensa «que todo lo ve y lo refiere», formando la opinión pública. Militarmente y dada su trascendental misión ha sido considerada como «Arma de guerra».

Los estudios e investigaciones han llevado a los más minuciosos trabajos. Los organismos oficiales colaboran con los estudiosos e investigadores facilitándoles medios a su labor. Entre éstos figuran con un papel muy destacado las revistas especializadas.

La literatura durante la guerra española de 1936, fue recogida en numerosísimas publicaciones detallando los sucesos en ambos bandos. Indicaremos un par de autores por bando ya que la relación es demasiado amplia. Ediciones España, publicó en 38 cuadernillos la obra titulada «*La Historia General de la Cruzada*» y el Servicio Histórico Militar, «*Monografías de la Guerra de España*», por el Coronel Martínez Bande que abarcaba todas las batallas y campañas importantes en diferentes libros.

La versión de los rojos la recogen muy bien los libros de Vicente Rojo y Enrique Cambiu.

Durante las guerras suele ocurrir que los cronistas e historiadores desvirtúen su personalidad al estar encuadrados en las grandes agencias de información, perdiéndose sus hombres en los de Efe, Reuter, Logos, Cifra, United Press, etc.

Al terminar las guerras, los servicios históricos militares de los países vencedores redactan la historia oficial de la contienda desde sus respectivos puntos de vista.

Refiriéndonos a la 2ª Guerra Mundial han sido muy interesantes las Memorias de Churchill, Patton, Rommel, Kesserling, etc. Y sobre este mismo tema escribió Manuel Aznar 12 tomos glosando los más importantes episodios y deduciendo interesantes enseñanzas.

Debo terminar, pero no sin antes, dedicar un recuerdo al Santa Santorum de nuestra historia castrense como es el Servicio Histórico Militar.

Por el sentido tradicional de las Instituciones armadas, es lógico que se dedique dentro de ellas una especial atención a la Historia, perenne fuente de enseñanzas militares. Es muy difícil delimitar donde termina la investigación histórica y comienza la experimentación. Un ejército que no toma parte en una guerra, no tiene otro medio de sacar experiencia, que por las informaciones recibidas de sus agregados militares o comisiones enviadas. Las cuales podrán orientarnos de la doctrina, procedimientos tácticos, etc., seguidos por los beligerantes.

El método adoptado no es otro que el histórico, y gracias a él, se podrán sacar conclusiones ciertas que servirán de base para la modificación de la doctrina si así se estimara conveniente.

Las actividades literarias-histórico-militares, no son nuevas en España. Ya en 1847 existía una sección de historia y estadística militar que dependía del Ministerio de la Guerra. Posteriormente la guerra de Marruecos hizo crear, en 1927, una Comisión histórica de aquéllas campañas africanas que estuvo integrada por jefes y oficiales de E.M.

Después de nuestra guerra civil nació con análoga misión el Servicio Histórico Militar, dependiente del Estado Mayor Central. Su misión primordial consiste en contribuir a la difusión de la cultura militar histórica dentro del Ejército.

Se encuentra organizado en dos secciones: la de estudios históricos y la de Servicios Bibliográficos.

En el negociado de nuestra guerra se encuentran casi todos los documentos oficiales del Cuartel General del Generalísimo y de las grandes Unidades, así como amplia documentación del Ejército rojo.

En el llamado Museo de Literatura, se conserva todo lo manuscrito o impreso, que ponga de manifiesto la actividad intelectual de los componentes del ejército y los hechos de armas. Por lo tanto, tiene cabida en él, los libros de autores militares sea cual fuere el tema tra-

tado; los de no militares relacionados con la milicia, y también los de escritores extranjeros que traten de nuestra organización castrense.

Ha quedado demostrado, aunque muy a la ligera, que existe en nuestra Patria una literatura militar que merece ser estudiada por los críticos, no por mera curiosidad y buscando sólo defectos, sino para realizar fines de gran importancia y estimular a esos escritores militares que, no sólo ven difícil publicar, cosa bastante generalizada entre todo tipo de autores, sino que sus libros son casi siempre desechados por falta de interés. Creo, y así lo he pregonado siempre, que los militares como autores dramáticos y novelistas que se han ocupado en sus obras de los lances de la guerra, también deben ocupar un puesto en la historia de la literatura militar. Dos ejemplos: «Los Episodios militares» del General Ros de Olano, o las novelas «Cuando el río suena» y el «Canto del Cisne» de Patricio de la Escosura.

Es de esperar que una vez finalizada la actual centuria, sean publicados los nombres de los numerosos autores militares que la han ocupado, así como sus principales obras.

Solo me resta publicar al lector, disculpe si he omitido el nombre de algún autor de su preferencia; el no incluirlo habrá sido por no hacer excesivamente largo este trabajo.

BIBLIOGRAFIA

- Historia de España: Menéndez Pidal.
- Historia de España: Modesto Lafuente.
- Historia General de España: Miguel Morayta.
- Historia General de España: Canovas del Castillo.
- El Año militar: Gui y Martí.
- Guerra de la Independencia: Gómez Arteche.
- Historia Contemporánea: Antonio Pirala.
- Historia militar hasta fin siglo XVIII: José Almirante.
- Literatura militar española: Francisco Barado.
- Otros títulos, se incluyen en el texto.